

hacía sólo, había que contar con los medios que de una u otra forma tienen que ver con un espectáculo tan singular y tan difícil de entender por muchos.

En primer lugar dependería de las decisiones que tomaran los políticos de turno, que ahora, por fin, salían de las urnas. En las elecciones de 1977 y 1979 fue UCD la elegida con una mayoría que le permitía formar gobierno. Contaba con aficionados a los toros que ocuparon cargos de responsabilidad. Me permito recordar dos nombres Francisco Laína e Ignacio Aguirre. Y no quiero pasar por alto otro nombre que, sin ser aficionado a los toros, acogió con respeto y atención las propuestas parlamentarias. Me refiero al Ministro del Interior Juan José Rosón.

\* \* \*

En la campaña para las elecciones generales de 28 de octubre de 1982 se habló de toros. Era la primera vez que en una campaña electoral se organizaban actos específicos sobre propuestas. Las aportaciones políticas durante la legislatura anterior en favor de las corridas de toros eran suficientes para no dudar de que la Fiesta tenía futuro.

El PSOE ganó ampliamente las elecciones. Las iniciativas parlamentarias surgieron inmediatamente. En los primeros meses de 1983 se puso en marcha en el Senado el “Estudio sobre la situación actual de la Fiesta de los Toros”. Parecía increíble. “Taurofilia en el Senado” lo calificó Antonio García Ramos Vázquez. La Comisión de Presidencia del Gobierno e Interior, que yo tenía el honor de presidir, acordó llevar a cabo dicho trabajo. Ante el pleno de la Comisión se multiplicaron las comparecencias de los representantes de los distintos sectores de la Fiesta: Toreros, ganaderos, empresarios, médicos, veterinarios, periodistas taurinos y, sobre todo, aficionados... El estudio se hizo a conciencia. Conocer todo lo que pasaba, para bien y para mal, en la Fiesta de los Toros era la propuesta que se ponía en marcha a las pocas semanas de comenzada la legislatura.

La Fiesta tomó un gran impulso. El primer capítulo era denunciar los fraudes, el del afeitado por ejemplo. Ya en 1980, contestando una pregunta parlamentaria, el Gobierno había reconocido que se habían analizado las astas de casi trescientos toros. En esta línea de denuncia de los fraudes continuaron las iniciativas políticas.

Según un estudio realizado por la empresa Investiga (antes Gallup) publicado en el periódico *El País* el pasado día 2 de febrero de 2008 la curva sobre la popularidad del toreo, el interés por las corridas de toros, comienza a subir a partir del año 1980 (había sufrido una caída entre 1971 y 1977), produciéndose su momento más alto en septiembre de 1985, cae algo en el siguiente año y sigue la caída hasta 1992, pero sube rápidamente en el año 1993, para caer sin pausa hasta octubre del 2006. El interés por los toros en 1985 alcanza al 49% de la población española, el 32% en 1999, el 31% en 2002 y en el año 2006 no pasa del 27%. Si en los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI se manifiestan con mayor ardor las posiciones antitaurinas es porque encuentran terreno abonado: la fiesta ha perdido interés. Se creó el Partido Antitaurino que se presentará, esta vez nada menos que en 45 provincias, en las elecciones generales del 9 de marzo de 2008 ¿Y por qué pierde interés si, en cambio, se programan más festejos taurinos cada año? Habrá que llegar a la conclusión de que la fiesta ha sufrido un cambio. Es otra cosa. Ha perdido autenticidad, emoción, el público tampoco se identifica con ella más que como espectáculo de ferias, exigencia social, pero no afición. Los españoles en buena parte ven la Fiesta con indiferencia.

Los siete primeros años 80, especialmente a partir de 1982, son de esperanza y realidades para la Fiesta. Esto marchaba. Sólo había que observar a los aficionados en las plazas de toros, sobre todo en Las Ventas. En el diario *El País* de 4 de enero de 1983 Joaquín Vidal escribió: “Con la esperanza del cambio va a entrar la fiesta en 1983 y hay expectación enorme en todos sus estamentos”.

Las iniciativas parlamentarias tomaban cuerpo. Pero necesitaban de la colaboración, primero, de los aficionados y, después, de los distintos sectores que componen el espectáculo (empresarios, ganaderos y toreros). Los aficionados estaban encantados, pero entre los otros abundaban los inquietos. Los taurinos no tardaron en proponer que la Administración, la política, se apartara de la Fiesta. Que no se necesitaban reglamentos ni vigilancia. Al fin y al cabo se trataba de una creación artística exclusiva de los autores. Nadie lo había negado. Lo que se tenía, y se tiene, que hacer desde los poderes públicos es impulsar la Fiesta pero la Fiesta sin fraudes, defendiendo así los derechos del público.

La recuperación de la Fiesta auténtica y su solidez para el futuro sólo prosperará con la colaboración de los sectores que la hacen posible, principalmente el

público aficionado. Las medidas adoptadas por la autoridad son imprescindibles pero resultan insuficientes y en aquellos años ochenta los taurinos que mandaban en la Fiesta reaccionaron con temores de perder su privilegiada comodidad. 1983 fue un año de mucho afeitado, seguramente porque con lo que se estaba haciendo en el Senado y en el Gobierno, que empezó a estudiar un nuevo reglamento, se preveía que los siguientes años serían de gran exigencia y era aquella temporada, la de 1983 la última para colar productos defectuosos. Se equivocaron, aquel año se cuidó la vigilancia y se abrieron muchos expedientes sancionadores. Algunos no ocultaron, seguramente contaban con datos que lo garantizaban, que la camada de cuatreños estaba afeitada desde 1982, cosa que se repitió al aprobarse la ley sobre potestades administrativas en materia de espectáculos taurinos de 1991. Los ganaderos hicieron muchas gestiones para que no entrara en vigor aquella temporada sino la siguiente. No lo consiguieron.

A partir de 1984 las temporadas taurinas fueron brillantes. Los toros salían con frecuencia muy bien presentados. Había ganaderías que eran recibidas con gran expectación. Victorino Martín mantenía el mayor prestigio. Murteira Grave, El Puerto de San Lorenzo, Baltasar Ibán, Alonso Moreno, Hernández Plá, Palha, etc. garantizaban el interés de la tarde. En otras ganaderías seguía notándose con escándalo la falta de casta y de fuerza. Al desastroso comportamiento de muchos toros en el ruedo se le quiso compensar con aumento de peso y volumen. Sabían los inspiradores de esta medida que, a continuación, instrumentalizado por sus periodistas de cabecera se pediría la reducción del peso bajo la acusación de que el toro grande se mueve menos y se cae más. El toro grande, si tiene casta, no se caerá y el toro pequeño si no la tiene, se caerá. Años después el toro disminuyó de tamaño pero también de trapío, a excepción del que se lidia en algunas plazas del norte de España. Si hoy el toro se cae menos es porque los ganaderos van encontrando el punto de la fuerza escasa sin llegar a la caída, que es al fin y al cabo lo que siempre han deseado.

Los medios de comunicación dedicaban entonces más espacio a los toros. Los que ahora se quejan de las escasas líneas que los periódicos nacionales dejan para la Fiesta no quieren darse cuenta de un hecho incontestable: Si hay interés o curiosidad por un espectáculo, si importa a la gente, los periódicos, las radios y televisiones dan la respuesta adecuada. Si, lo que sea, no interesa los empresarios de los medios se abstienen. En los años 80 periódicos como *El País*, *Pueblo*, *Diario 16*, *Ya*, *ABC*, *El Alcázar*, dedicaban bastante espacio a la Fiesta